

sura de decir que le consagró maestro. Está escrito en el estilo cautivador de su *Ariel*, cita frecuentemente los más bellos pensares de las mentalidades más altas; vuelve a narrar los más escogidos episodios de la historia y, sobre todo ello, da completa expansión a su amor por la parábola.

En último análisis, es Rodó un enamorado de lo bello, tal como lo fueron Platón y su escuela. Atisbó el elemento ideal en todas las cosas. Cualquiera fuera el objeto de su meditación, fué siempre tratada aquilatando su valor estético. Su pluma no se detuvo sino para describir lo que era elevado, inspirador y mentalmente interesante.

La labor literaria de Rodó se desarrolló en el transcurso de unos 25 años, más o menos. Es la suya la obra de un pensador que escribió porque sabía extensa y profundamente. Fué servido por una memoria prodigiosa y era un lector infatigable. A los treinta años ya había leído las obras más importantes de la literatura universal, de la filosofía y de la historia.

Su facultad imperante fué la inteligencia clara, expresada en términos de vigor mental y exquisitez o refinamiento literario, si se quiere.

Parece haber sido su idea central, no importa que él hable, en ocasión del primer centenario de Chile o sus preciosas meditaciones sobre los que callan, que el arte es un elemento activo y vital de la vida social. En ello iba por la huella de Guyau, otro de los pensadores de cuya lectura se nutrió abundantemente su cerebro. Sostenía que el culto de lo bueno (Kagathon) y de lo bello (Kalos) no son términos contradictorios. Según su parecer, el pueblo que hubiese recibido una profunda educación estética sólo podía ser estricta y altamente moral.

Era nuestro autor un gran propulsor de la cultura general como medio de elevar al hombre a las altas esferas del pensamiento que tiende a impedir el mal. Tenía una noción muy justa y muy sana de lo que podría ser una aristocracia dentro de la democracia moderna. Ello constituye la idea madre de muchos de sus escritos y ensayos. Nacido en un país republicano, harto inclinado, como todas las democracias, a entregar fácilmente la dirección moral e intelectual al todopoder del dinero, fué de los primeros en sugerir a las jóvenes generaciones de América latina la necesidad imperiosa de una clase dirigente escogida entre los mejores y más sabios ciudadanos.

Contemplaba la formación de una aristocracia constituida por la selección natural de una *élite*, por la práctica de los más nobles pensamientos humanos. No estaba en su noción de la sociedad, una casta cerrada, pero sí de un conjunto de hombres o familias erguidas en clase dirigente por su mérito personal tan sólo. Ernesto Renán y Nietzsche se han ocupado extensamente del tema, pero ni el sabio francés ni el filósofo germano, han resuelto el problema de una manera más elevada o hermosa que Rodó. Su concepción era de que si la democracia aspirase a una aristocracia racional, dentro de sus filas, tendría que modificar sus métodos e íntimo espíritu. La mala interpretación dada a la palabra «igualdad» trae gran confusión a las sociedades modernas, porque contraría las supremas leyes de la naturaleza. La noción de igualdad, tal como hoy se entiende en política, debiera substituirse por la idea científica de la selección natural. Podemos todos ser iguales en potencia, pero no en realización, pues esta última depende de otros factores que los decretos de la ley humana. Así vemos al liberal Rodó atacar el «jacobinismo», cuando las circunstancias lo vuelven un odioso fanatismo sectario. La ocasión se presentó cuando el Estado quiso

mezclarse en las cuestiones de conciencia. Muy contraria a su espíritu era la manera brutal con que hoy día se entroniza a los mediocres, se persigue a los que veneran el pasado y tienen por fuerza inspiradora a la tradición y otras semejantes influencias ancestrales. Estas formas de considerar las cosas graves y profundas de la vida son, en definitiva, las que les dan fisonomía propia a los países, y, como tales, siempre que no impidan su progreso, deben apegarse a ellas. En este sentido, ¡cuánto más interesantes son los países monárquicos que los republicanos!

Refiriéndose a estos asuntos, escribía Rodó a una muy noble dama de su patria, modelo viviente de lo que fué nuestra mejor sociedad patricia, que el culto de los recuerdos del antiguo Montevideo era todavía una fuerza de selección y de cultura.

Abogaba por el libre despliegue de individualidades superiores, emancipadas de la tiranía abstracta del Estado. Efectivamente, la democracia no ha llegado a su edad de oro o, por lo menos, alcanzado ese desarrollo armónico que ha caracterizado a otros regímenes del pasado. Problema urgente es desmaterializar, espiritualizar, si cabe la expresión, al sistema democrático.

En este y en otros problemas fundamentales para la sociedad, Rodó demostró tener un criterio muy perspicaz. Ello le hizo el gran educador de las repúblicas de habla castellana. Expuso, como esteta, verdades vitales y magníficas. Por vivir la vida hermosa, vida dedicada a la mayor parte del tiempo a las más puras actividades de la mente, se conseguirá, mediante la democracia, un nuevo ideal de vivir. La entrada de Rodó en política puso a la personalidad del escritor bajo la faz de un abnegado servidor de los más altos ideales. Amaba en la democracia a una gran causa por cuya realización hubiese sacrificado muchas horas de su activísima vida intelectual. Con un perfecto sentido de la libertad y de la justicia y respetando el derecho ajeno como pocos uruguayos, puso su pluma y su actividad moral en la balanza de aquellos que reivindicaban el derecho de autodeterminación contra el prestigio omnipotente del Poder Ejecutivo. A pesar de las hermosísimas palabras inscriptas en las no menos hermosas Constituciones latino-americanas, el Presidente absorbe toda iniciativa en asuntos de Estado. Si aconteciera siempre que la primera magistratura recayese en un gran patriota u hombre superior, ello no sería un gran inconveniente, pero perteneciendo esta última a hombres audaces sin la debida preparación, el Gobierno, en estas partes del mundo, puede calificarse de tiranía más o menos disfrazada. Fué adversario del socialismo de Estado y de sus falaces consecuencias. En la gran crisis que aún mantiene dividido al Uruguay, sacrificó su banca parlamentaria y otras posiciones oficiales por mantener a toda costa lo que sabía que era lo justo y recto. Preciso es recordar lo que este renunciamento importaba para su decoro personal, pues le ponía al borde de una miseria dorada.

Desde ese momento se constituyó en el educador cívico de la juventud uruguaya. Pocos hollaron este noble sendero. Vióse

*No es el "Repertorio Americano" revista de círculo; es tribuna abierta a los cuatro vientos del espíritu. Por lo tanto, los que en ella quieren colaborar opinan con suma libertad. Sin que eso implique que su editor haga propias todas las opiniones ajenas o se haga responsable de las mismas.*

desterrado de la política y de todas las ventajas que ello importaba en países pequeños y faltos de instituciones independientes para los intelectuales. Invitado a formar parte activa del partido oficial, hubiese respondido como Dante al tirano que le ofreció la vuelta a su amada Florencia, a trueque de su libertad de opinar: «¡No! ¡Así no! Después de todo, el aire es el mismo en todas las comarcas; brillan el sol y las estrellas en todo sitio».

La soledad y el silencio que resultaron de su abandono político le determinaron a volver sus ojos hacia Europa, cuyas artes y literatura le eran tan caras.

En carta a un peregrino ingenio, selecto amigo suyo, Julio Piquet, le expresa cuánto le deprime la pobreza del medio ambiente intelectual, desprovisto de poderosos estímulos para su rica imaginación.

La esperanza de redimirse a sí mismo, vale decir, destruir su nostalgia por una nueva visión de las cosas, le impulsó a viajar por tierras de belleza e intensa civilización. El realizar este anhelo fué su constante preocupación. Esta actitud de su espíritu puso amargura en su corazón y silencio en sus labios.

Realizó su propósito cuando el semanario literario argentino *Caras y Caretas* le ofreció el puesto de corresponsal en Europa. El abandonar por primera vez el país de su nacimiento, parece haber despertado la silente admiración que sus conciudadanos tenían por su genio. Una demostración espléndida trajo a la atribulada alma del más eminente hijo artístico del Uruguay, un eco de esa estimación universal en que había de admirarse su nombre en lo futuro.

Fuése para no volver jamás. Triunfalmente, sin detalle alguno que pudiese anunciar su tan próximo fin, desapareció de la vida de la América latina, rodeado del más desinteresado cariño y de la más ardiente admiración.

¡Qué gran satisfacción habría sentido su alma de tan exquisita simpatía para el valor ajeno!

Comenzó su peregrinar cultural por Italia, la bienamada de poetas y artistas. Ello se tradujo para las letras, en el bello libro titulado *El camino de Paros*. Divídese en meditaciones y andanzas. ¡Viaje de asombro y de misterio, de melancólico trascendentalismo, iba a ser éste! Se nos presenta aquí el viejo mito alegórico que enseñaba en el clásico pensamiento, el transcurso ineludible de las cosas y de los hombres. ¡*Beauté oblige!* ¡Qué intensas las horas, las últimas horas en su fantástico andar ante las sugerencias estéticas de Florencia, de Roma, de Bolonia, Tívoli y Nápoles! En Palermo, donde el cielo es inmensa turquesa, donde el espíritu helénico aun flota en ruinas y se detiene a menudo en cuerpos humanos, halló Rodó su muerte el día 2 de mayo de 1917.

Réstame decir, para cerrar este breve ensayo, que Rodó poseía las mejores cualidades del hombre latino-americano, unidas a esa seriedad de propósito e integridad moral tan hondamente característica del castellano de antaño.

Su recuerdo nos inspirará siempre reverencia y respeto por la belleza intelectual. Vivirá entre nosotros, mientras el pensamiento sereno, engarzado en arte supremo, sea una fuerza para nuestro desenvolvimiento.

Su gran mérito estriba preferentemente en que fué un hombre cuya conducta pudimos admirar tanto como su exquisito arte del decir.

ALBERTO NIN FRÍAS.

(*La Nación*, Buenos Aires)